

DISCURSO

PRONUNCIADO EL 20 DE JUNIO DE 1886

EN EL COLEGIO BOLIVAR DE AMBATO,

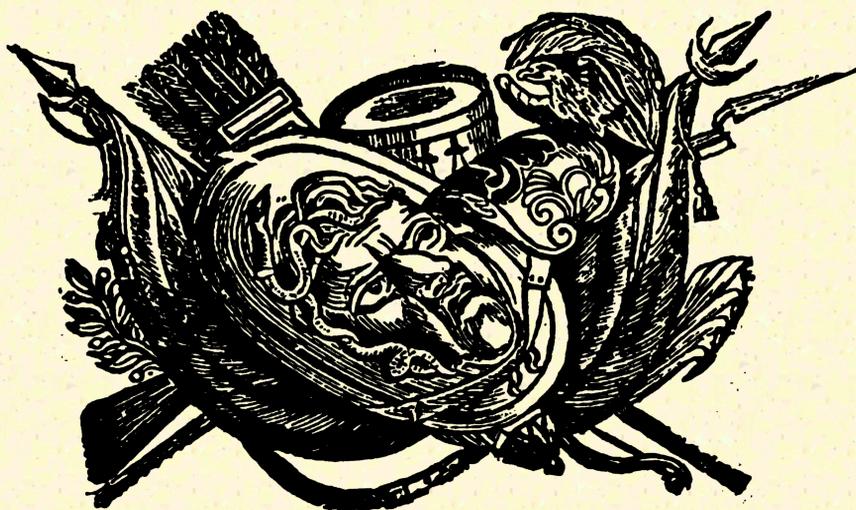
EN LA VELADA

QUE CON OCASIÓN DEL CENTENARIO DEL HÉROE
CAPITÁN ANTONIO RICAURTE, ORGANIZÓ LA SOCIEDAD:

“EL LICEO DE LA JUVENTUD.”

POR

EMILIO M. TERAN.



QUITO.

Fundición do tipos de M. Rivadeneira.

1886

SEÑORES:

No necesito invocar vuestra indulgencia, suplicar sea atendido el que os habla, ni indicaros el objeto que aquí me trae; un nombre me basta para disculparme, un nombre para que, como en otras ocasiones, me escuchéis. Ricaurte es quien me trae hasta vosotros.

Cuando gran parte de la América del Sur después de trescientos años de cautiverio, afrentada con cadenas y bajo el régimen monárquico, inició su independencia dando principio á la cruzada que más tarde debía acabar con el León Ibérico, mil y mil héroes al grito de Libertad, brotaron con el sublime alfange del hombre libre; y la India entonces con la sonrisa de madre, principia á acariciar á sus heroicos hijos que trabajan por romper crueles esposas, cepos y cadenas, que la tenía, antes que humilde resignada, antes que esclava impotente. Allí aparecieron como salidos de la tierra, Bolivar, Sucre, Páez, Ricaurte . . . y demás héroes cuyos nombres al pronunciarlos, han bastado para significar á las generaciones venideras lo que es heroismo.

España conquistó á sus colonias plantando

sus banderas en la América virgen; que le tocaba? Conquistarnos no solo para saciar la ambición de sujetar á una dominación egoísta, sino también, conquistar á nuestros espíritus para que luego nos dominen la luz y la civilización, que en aquel tiempo, ya se ostentaba en Europa. Dispensadme, Señores, que sin ser mi deseo el acusar á la Metrópoli Española, haya distraído vuestra imaginación de mi objeto principal; que aquella bien castigada se encuentra con la sanción que los negocios humanos han escrito en su historia.—Más admiramos su ruina que su grandeza, más su ambición que su despotismo inquisidor.

Ricaurte, si no me equivoco, ha escrito su nombre en las páginas del heroísmo.—Voy ha hablaros de él, ó mejor dicho, del héroe de San Mateo.

Cincuenta hombres valerosos y leales, amantes de la Libertad y entusiastas por su patria, indómitos á los rigores de la campaña; altivos, sobervios, orgullosos en el combate y generosos en el triunfo; cincuenta hombres, repito, á las órdenes de Ricaurte oponiendo sus pechos y su constancia, guardan una casa en S. Mateo por orden de su General; mientras que el infernal Boves que disputa esa posición los ataca. Rechásanlo cien y cien veces; reanímase el Español y vuelve á embestir á los tigres feroces que custodiaban su cubil; viene la noche, á ésta el día, y éste á aquella á menudo le sucede; y Ricaurte imperterrito en su fin, grita, anima y dá ejemplo abnegado de lealdad; sin ceder á la sangrienta mirada del Sor. que asesta al fugitivo esclavo. Mas por entonces, no era el enemigo quien obligaba á sucumbir á esos titanes, era el hambre que devoradora comensaba á debilitar á los héroes; se

aproximaba el instante supremo para el soldado, morir de hambre ó en manos de sus enemigos; ya era justo ceder abandonando su centro, los peltrechos que allí se hallaban y su honra. Más el heroísmo, sublime apelación, cruza por la mente de Ricaurte, comprende que es llegado su destino, que la patria es su madre y que es preciso salvarla; comprende que el teatro de la grandeza se abría á sus juveniles ojos y que allí debía ser grande; despídese de sus compañeros ordenándoles fueran á donde su General, á decirle: que él era basta para Boves, y quédase sólo.—Entonces Ricaurte perdió su nombre y llamose héroe; porque su alma ya no animaba á una materia que por naturaleza es débil, flaca y resignada, era el motor de un genio, era el Genio mismo el que se preparaba al sacrificio. Boves victorioso con el silencio que dominó en la cumbre de S. Mateo prelu-diaba el triunfo, y manda á su ejército posecionarse de la pequeña fortaleza donde Ricaurte con sus soldados fueron indómitos durante cinco auroras; penetran los realistaas, creen encontrar rendidos y humillados á esos titanes, hacerlos besar el estandarte del despotismo y orgullo, y volver á hundirlos en las mazmorras de la dependencia y de la ignorancia; penetran, señores, y mil doscientos españoles en medio del tronante fragor de la metralla vuelan cadáveres á noticiar al mundo, que á Ricaurte le bastó un leño candente para sepultar á su enemigo, sembrando el terror y vergüenza en los círculos de la Metrópoli. Así acabó la campaña encargada al héroe de quien voy hablando, y que cinco días de lucha permanente, fueron días de valor y de hambre para los libres.

Esta es, Señores, la historia del héroe joven, que apenas como la fugaz luz del relámpago que

nace y muere, cruzó en la epopeya de la independencia.

¿Y pudo Ricaurte abrirse con su mano la tumba? Y ser sublime ante su muerte, y ser sublime ante su enemigo mismo? ¡Oh! abnegación. ¡Oh! heroísmo. ¡Oh! grandeza inimitable!

Volved, volved á la memoria sacrificio patrio, triunfo del peligro, genio admirable; y renueva á tu contemplación los sentimientos que como joven deben dominar mi espíritu; y venero como hijo de la América, la aterradora detonación con que hicisteis á la Santa Libertad, dar un paso hacia el Capitolio en su carrera triunfal. Eres grande como héroe, sublime como aterrador; y á mí como hijo de la India, quédame el derecho de admiraros.!

Hasta aquí, S.S., apenas he narrado ligeramente la escena de S. Mateo, y sería suficiente para que Ricaurte sea colocado en el pináculo del heroísmo si mi objeto sólo fuera acompañaros á declararlo grande; aun más, he querido probaros que es héroe á los ojos de la admiración y de mil mundos políticos, que tienen en alto á las virtudes cívicas.

El heroísmo y la grandeza son una misma cosa cuando se trata de valuar una alma que nació para vivir entre mil y mil generaciones. El héroe nace, se inicia su destino, sigue carrera de la gloria y luego luego divisa el altar que lo espera para hacerle tal; resplandece su ser, ilumina cual antorcha y principia á vivir para siempre, y vive cual eco dilatado que recorre el espacio; y gira y cruza contando su inmortalidad. Si fuera partidario de la predeterminación creería, que estos hombres nacen del trono divino infundidos de un ser poderoso para llenar su misión. De otro modo no comprendería como ha

llegado el genio criador de Bolívar á encarnar á sus cinco hijas.

Ahora me preguntaré en que consiste la grandeza? Veamos.

Napoleón conquistando la Europa entera á su dominio, es un grande ambicioso.

César asesinado en el senado, es un grande Emperador sucumbido ante la traición.

Tell arrojando su flecha en Altorff sobre la cabeza de su hijo y sobre el pecho de Gessler, es un campesino grande y Libertador.

Guzmán, arrojando su daga desde los muros de Tarifa para que mataran á su hijo, es también grande.

Bolívar espirando en Santa Marta y víctima de la ingratitud, fué un Libertador grande.

Sucre exánime y sin vida en la montaña de Berruecos, fué un Mariscal tambien grande; y:

Ricaurte con una tea á la mano, sobre los peltrechos, y luego sepultado en el escenario de San Mateo, es grande y es mártir!

Cada uno de ellos nos enseñan un modo diverso de ser héroe. Comparad su historia: podemos considerar aquí el heroísmo bajo dos estados, por el hecho mismo y por sus efectos; si por el hecho, Ricaurte es más grande que los enumerados; pues para ellos siquiera quedaba en duda el final de sus hasañas. Así Guzmán al tirar su daga quedó con la duda de que su hijo talvez no moriría: Bonaparte, Bolívar, Sucre, y demás guerreros, al presentarse ebrios de valor en la batalla, siquiera tenían la posibilidad de salvación; mientras que el héroe de San Mateo no tuvo conjeturas, posibilidad, ni duda en su existencia; directamente vió la muerte en su recinto sin una rendija por la cual penetrara la luz de salvación; el cuadro que se le presentó fué magnánimo,

fué la tumba, fué el triunfo con su muerte, fué la América, fué la Libertad; y lo que es más sin que le quedase otra esperanza en su sacrificio que romper siquiera un eslabón de la cadena Española; no para libertarse él, porque su muerte lo puso libre en las regiones de la eternidad. Si consideramos ahora el heroísmo con relación á sus efectos, no habrá parangón entre ellos: unos han sido héroes por sus hasañas, otros por sus virtudes, estos por sus victorias y aquellos por sus empresas; y en lo absoluto, unos serán héroes con más sublimidad que otros; pero si traemos á la memoria los que engendró la independendencia de Sud-América, es justo creer que Bolivar, Sucre y &a. fueron superiores á Ricaurte—ellos rompieron la cadena y éste apenas un eslabón.—Ellos clavaron el estandarte de la Libertad sobre la melena del León.—Bolivar fué el padre de la guerra, el corazón de la libertad, fué la espada esterminadora y el Libertador. Sucre, su Mariscal, su hijo mimado, fué siempre donde se hallaba, el preludio del triunfo y del perdón. Páez, su General, fué el extremo sublime de valor; siempre el peligro lo tenía en su ceno, y siempre erguido é indómito, ¡Ricaurte! fué su héroe, su mártir; no era General ni Mariscal, fué Capitán, pero nada significa para esos hombres el carácter político que les distinga; su excelencia de alma busca las circunstancias, el peligro; y donde esto haya, su misión, su honra, su amor á la Libertad, estallan como mil rayos centellantes.

Siendo soldado de la independendencia, supo arriesgar todo lo que un amator de las libertades públicas lo sacrifica; arriesgó su vida, digo mal, se la quitó él mismo. ¡Sublime suicida!—Porque su mano arrancó á esa vida adorable? Por que la patria necesita de mártires, de sacrificio y de

libertad; por que su alma privilegiada comprendió que no hay existencia política sin ser soberanos, y que ésta es superior á cualquiera otra; porque supo que la frente del americano estaba caída, como que le pesaba el miserable yugo, y que era necesario erguirla; por que hombre sin libertad cívica es la vergüenza del mundo político; por ésto, voló entre detonaciones, polvo y humo al infinito; voló; pero con su muerte había escrito el lema del americano.—Ser libre ó morir.

Si Sres.—Ser libre ó morir—es nuestro lema, y quien duda de su fuerza traspórtese á las ruinas de S. Mateo, que allí están hablando à todo el futuro con sólo el nombre de Ricaurte. Hombre que así muere y que esto escribe con su sangre y con la de mil doscientos Españoles, es héroe á cuatro vientos.—De su heroismo nadie duda, así como ahora nadie á vacilado en conmemorar su natalicio: y por qué? porque los grandes Genios tienen la primacía en los negocios humanos, es decir, que lucen, que son ,atletas, que son héroes.

Ligeramente lo hemos contemplado á Ricaurte en sus últimos momentos, y deducido de allí la justicia que hay à llamarle el héroe de S. Mateo. Como á tal hoy habéis venido á admirar á un Genio que ahora cien años lucía á la generación que tan sólo se ocupó de darnos libertad. No ha sido el Ecuatoriano, pero es un héroe; y la universalidad del dogma libre, no reconoce nación para los apóstoles del heroismo; el mundo entero los ambiciona, el mundo entero los venera, y el mundo entero los admira; porque también el mundo todo es quien directa ó indirectamente ha merecido de ellos; y con justicia nosotros, que de los Heroes de la independencia reci-

bimos la autonomía que tanto luce en las Repúblicas Sud-Americanas. Ahí la prueba: para nosotros Bolívar, nuestro mejor padre, nuestro Libertador, nos dijo sin duda alguna en el humilde lecho de Sta. Marta: Este es mi testamento: nada tengo; pues mis cinco hijas heredaron en vida; les dí la libertad.”

Repito, S. S., hoy conmemoramos el primer centenario de Ricaurte; para esto habéis venido. ¡Bendito pueblo que así sabe apreciar las glorias de la América! Estas glorias nos dieron el carácter de libres; de aquí un principio contrario al de Víctor Hugo quien dijo que: “mientras menos gloria mas libertad.

Jóvenes patriotas, os acompaño para venerar y admirar al héroe de S. Mateo; y con toda mi alma, si en nombre del pueblo Ambateño lo bendecimos.

Señores.